



## **Vivències, 1931 – 1945 *la Barcelona que vaig viure***

### **“Mi padre”**

*Pilar Casas*

Mi padre nació el 14 de Febrero de 1913 en Arándiga, provincia de Aragón. Hijo único de un matrimonio separado desde antes de nacer, no conoció a su padre. A los quince días de nacer, su madre lo trajo a vivir a Barcelona. Su infancia transcurrió en un ambiente culto y de conocimientos; tuvo, pues, una infancia feliz. En su juventud perteneció a grupos en pro de la naturaleza y con inquietudes políticas, algo tímidas, hasta que fue llamado a hacer el servicio militar en Melilla y Tetuán, durante tres años. Al acabar le dieron un permiso de tres días para despedirse de su madre e incorporarse a la guerra. Ahí fue cuando mi padre conoció el miedo, un miedo que no lo abandonó nunca. Esa horrible experiencia sólo la podría contar él, sin embargo, sólo nos explicaba el final, cuando lo cogieron prisionero y lo metieron en un campo de concentración, en Madrid.

Mi padre fue hecho prisionero y estuvo en un campo de concentración en Madrid. Junto con unos compañeros, se dieron cuenta de que cada dos o tres días llamaban a unos cuantos prisioneros para trasladarlos, pero corrió el rumor de que el traslado era para fusilarlos. Mi padre y estos compañeros decidieron no contestar cuando pasaban lista, haciendo creer que se habían fugado, cuando dejaron de buscarlos es cuando se escaparon y emprendieron la vuelta a casa, caminando de noche y escondiéndose de día hasta que llegaron a Barcelona, a casa. Mi padre nunca volvió a ser el mismo. El miedo fue su compañero toda la vida. Al ser un fugado, no tenía documentación, tenía pesadillas espantosas y se despertaba llorando como un niño. Cuando mis padres se casaron, lo hicieron en la capilla Marcús, de la calle Montcada, cerca del museo Picasso. El párroco lo casó en la capilla y no en la parroquia, y ante el hecho de que mi padre no tuviese documentos, el párroco dijo que menos



problemas, porque al ser prófugo mejor no ser identificable. En el momento del casamiento, mi madre estaba embarazada. En ese tiempo se tuvieron que mudar hasta del barrio, debido a las murmuraciones, por el embarazo de mi madre y por la condición de rojo de mi padre, y por eso se trasladaron a Pueblo Nuevo, a casa de una tía mía, que es donde yo nací.

Mi padre consiguió un trabajo, gracias a una familia para la que mi abuela cosía, en un taller medio escondido en el que era el único trabajador y, gracias a ese trabajo, nos dieron la cartilla de racionamiento y cada semana íbamos a recoger lo que nos daban. El pan era incomible. Cuando iba a nacer mi hermano, volvimos otra vez al barrio de solteros de mis padres, Santa Caterina, a vivir con mi otra abuela. Mi padre, para ganar un poco más, trabajaba de tramoya en Educación y Descanso de Pueblo Nuevo. Cuándo volvíamos por la noche y oíamos al vigilante, nos escondíamos hasta que pasaba. Mi padre iba a trabajar en bicicleta porque en el tranvía subían policías y pedían la cédula de identificación. Aunque mi padre trabajaba muchas horas, la comida escaseaba, comíamos muchas farinetas. Las farinetas son una especie de gachas, de harina de maíz, hervida con agua, que era lo que más comíamos. Cuando mi padre conoció a la mujer que lo conquistó con la comida, dándole grandes bocadillos y algo más, la relación con mi madre estaba deteriorada. Sin pensárselo, mi padre nos dejó, a mi madre, a mi abuela, a mi hermano, que era recién nacido, y a mí, que tendría 5 años.

Cuando mi padre nos abandonó, mi madre pensó en denunciarlo por “abandono de hogar” y “amancebamiento”, que era como se llamaba en la ley de entonces. Pero a última hora, a mi madre le dio pena, porque él había estado preso en Madrid por rojo y estaba en la lista de prófugos, y entonces la prisión hubiese sido más larga. A mi madre le dio pena y no fue capaz de llevar adelante la denuncia. En la escuela, las madres y padres de mis compañeras me marginaban por el hecho de que mis padres estuviesen separados, como si eso fuera una enfermedad contagiosa.



Entonces, si antes habíamos pasado hambre, ahora la empezamos a sentir de verdad. Esto era en el año 1945. Mi hermano era más pequeño, y al ser yo la mayor, mi madre no podía darnos de comer a todos. Mi abuela tenía una paga insignificante, de viuda, y mi padre venía a vernos, pero de dinero, nada. A mí me internaron en un horroroso colegio de la Avenida del Tibidabo, de monjas. Ellas aún tenían más hambre que nosotros. Pues se nos comían lo poco que la familia nos daba. Un pote de leche condensada, un paquete de galletas que la familia nos traía “se perdía” en las manos de las monjas. En aquella escuela lo que había era mucha miseria, piojos y demás. Toda la comida que nos daban, no sé por qué, tenía bichos. El arroz, gusanos, las lentejas, los garbanzos. Nos comíamos el caldo, sin revolver, para que no se subiera para arriba todos los habitantes del potaje. Durante muchos años no pude comer arroz sin acordarme del colegio.

Para mí, el hambre de la posguerra duró hasta que tuve 12 años, que es cuando me pusieron a trabajar. Aquel tiempo me hizo pensar que las malditas guerras las pagan los niños, que no tienen la culpa de nada. Que no tienen culpa de la ambición de los hombres que, sin moverse de sus despachos, hacen las guerras, y no piensan en esa infancia que el día de mañana serán mayores, y que seguiremos sufriendo los odios de todos ellos. ¿Hasta cuándo el odio? ¿Para cuándo el olvido?

Barcelona, 16 de Junio de 2006